un misterio todavía mas tierno que María consuma al pie de la cruz, y del título sagrado en cuya virtud se hace nuestra madre.

Esta muger generosa cede voluntariamente su propio hijo á la envidia de su injusta rival; y María cede tambien voluntariamente el suyo, al ódio de los Judíos, por la salvacion de los pecadores. Asociándose á los sentimientos generosos de Dios Padre, esclama al pie de la cruz: Padre celestial, yo consiento en que mi Hijo sea entregado al género humano, enemigo vuestro. La muger del tiempo de Salomon cede á la inícua pretension de su rival para salvar la vida á su propio hijo; María por el contrario consiente en la muerte de su propio Hijo, para dar la vida á los injustos que la reclaman. La una dice: *Dad el niño á la que lo pide; mas no le mateis.* María dice: *Haced morir á Jesucristo, y dadle á los que tienen necesidad de él.* La una salvó á su hijo cediéndolo; y este mismo hijo, y no la rival, fué quien cogió el fruto de la generosidad de su madre. María, al ceder á Jesucristo, lo entregó á la cruz y á la muerte; y nosotros los pecadores, y no su hijo; somos los que hemos cogido el fruto de la generosidad de su ofrenda. En la figura, la madre no tiene mas que un hijo; en lo figurado, María tiene dos, Jesucristo, su hijo segun la naturaleza, á quien ella concibió de su sustancia, y los hombres, sus hijos adoptivos, á quienes ella ha engendrado por su amor. Aquella ejecuta en su hijo único dos actos de amor maternal; ella se priva de él y le salva, ella lo cede y lo recobra. María ejecuta sobre dos objetos diferentes estos actos del maternal afecto; ella se priva del uno por salvar al otro, ella cede el uno á la muerte por volver á la vida el otro. Finalmente, aquella muger afortunada, por la cesion generosa que hizo de su hijo para no verle morir, fué reconocida y proclamada su verdadera madre; y María, por el acto generoso que ejecuta al dar un

hijo por salvar de la muerte al otro, es igualmente reconocida y proclamada nuestra verdadera madre. Y en efecto, asi como Salomon, á vista de la heróica generosidad de aquella muger, le dice: recibid este niño vivo; se conoce bien que es vuestro hijo, asi tambien, el verdadero Salomon, desde lo alto de su cruz, como desde su trono y su tribunal, dice á María: Muger, recibid en la persona de Juan á todos los hombres por hijos; en el precio que habeis dado para adquirirlos, se conoce bien que los amais mucho y que son vuestros verdaderos hijos. Espada formidable de la justicia divina, pronta á descargar sobre nosotros el último golpe, suspendeos! Divino juez, revocad por favor la sentencia que vuestra justicia habia pronunciado contra nosotros. Escuchad las tiernas súplicas de nuestra madre que os lo suplica encarecidamente. Vedla como al presenciar la muerte de su hijo único, se inmola en él y con él, y nos dá ese hijo por precio de nuestra salvacion.

Apaciguada con esta permuta, satisfecha con esta ofrenda, perdonadnos para siempre, confiadnos, vivos con la vida de la gracia, al amor maternal de María, que con tantas penas como ha sufrido, ha manifestado que ella era nuestra verdadera madre. *(Vease la nota veintiseis.)*

CAPITULO XI.

No podrá jamás admirarse suficientemente la magnanimidad y la tierna y profunda conmiseracion de María sobre la triste suerte de los hijos de los hombres. Estos sentimientos obligaron á esta madre de bondad á consentir generosamente en la inmolacion del Hijo de sus entrañas, para la redencion de los hijos de su

corazon. No debe pues parecernos estraño ni inconducente que S. Buenaventura, como ya hemos dicho; aplique á María las palabras admirables que S. Pablo escribió con relacion al Padre Eterno; á saber, QUE NO PERDONÓ Á SU HIJO UNICO, SINO QUE LO SACRIFICÓ POR LA SALVACION DE TODOS. Hay ciertamente una diferencia inmensa, una distancia infinita entre el amor de Dios á los hombres y el amor de María; los dos sin embargo tienen un mismo principio y un mismo fin, supuesto que habiendo penetrado el corazon de María, como hemos dicho, la misma caridad que habia movido al Padre Eterno, la obligó á ejecutar este acto de una bondad inaudita é incomprensible.

Pero, no sin misterio en el pasage de S. Pablo, que S. Buenaventura aplica con tanta razon á María, hablando el Apóstol del esceso de caridad que obligó á Dios Padre al sacrificar á Jesucristo por nuestra salvacion, se valió de estas espreciones: NO PERDONÒ Á SU PROPIO HIJO. Estas espresiones tan enérgicas y tan tiernas al mismo tiempo, son las mismas que la Escritura usa hablando de Abrahan despues del sacrificio de Isaac; en efecto, á este santo Patriarca se dijo: TU NO HAS PERDONADO Á TU HIJO UNICO. Por consiguiente, al decir el Apóstol de Dios Padre lo que se dijo de Abrahan, quiso darnos á entender que entre estas ofrendas, entre estos dos sacrificios existe una union y una relacion de sentimientos, asi como hay en ellos una semejanza de espresiones; que el uno es la profecía, y el otro la realidad; el uno la imágen, y el otro el prototipo; el uno la copia, y el otro el original; y que el sacrificio de Isaac es la figura del sacrificio de Jesucristo.

Y si Isaac sacrificado es la verdadera figura de Jesucristo, Abrahan que le sacrifica es la figura verdadera de María. Aunque las palabras de S. Pablo sean alusivas directamente al Padre Eterno que parece figura-

do por Abrahan, sin embargo, supuesto que María estuvo, como hemos visto, perfectamente unida con el deseo, con la voluntad y con el amor al Padre celestial en la donacion que quisieron hacernos de su propio Hijo; y supuesto que esta noble criatura es como el representante, y el vicario de Dios Padre, y que obra en la tierra de una manera visible lo que él quiere y obra invisiblemente, en el cielo, no es dudoso que en Abrahan que no perdonó á su propio hijo, debemos reconocer no solo la figura de la generosidad invisible del corazon de Dios, sino tambien la de la generosidad visible del corazon de María. Ademas, supuesto que en el sacrificio de Abrahan se trata de su obediencia, de su fé, y de su prontitud en escuchar la voz de Dios, y que esto no es cierto literalmente sino en María, Abrahan tiene por consiguiente mas puntos de semejanza con esta Madre generosa, y es con respecto á ella la figura mas espresiva y mas verdadera. Examinemos pues en sus circunstancias particulares esta bella figura, esta luminosa profecía, y veamos como se encuentra en ella indicado no solo el mérito de María en la ofrenda é inmolacion de su Hijo, para conformarse á los designios y á la voluntad de Dios, sino tambien su recompensa, supuesto que por este mérito se hizo nuestra Madre; y admiremos como, dos mil años antes de cumplirse el misterio que hemos esplicado, se encuentra en ella espreso, y cuasi divinamente retratado.

Dios dice en efecto á Abrahan: Toma á tu hijo Isaac á quien amas, vé con él á la tierra de la vision; y allí sacrifícamelo en holocausto perfecto sobre uno de los montes que yo te mostraré. Cada palabra de esta órden severa espresa, como observa S. Ambrosio, una circunstancia nueva que debe hacerle mas difícil y mas doloroso el sacrificio exigido á este tierno padre y pone su obediencia á una terrible prueba, porque pone su corazon en un tormento cruel. Se exige de él que

sacrifique, no á una persona cualquiera, sino á su propio hijo; no á un hijo cualquiera, sino el que mas ama y de quien es mas amado. Esto no es suficiente aun; no se pide á Ismael, sino á Isaac; no al hijo de la esclava sino al de la muger libre; no al hijo de la naturaleza, sino al de la promesa; no al hijo de la condescendencia, sino al del mérito; al hijo que Abrahan ha tenido milagrosamente de Sara, de quien no puede esperar tener otro; por consiguiente á su primogénito; á su hijo único.

No solo se exige que un padre quite la vida por sí mismo á su propio hijo, sino tambien que lo ofrezca en sacrificio: es decir, que despues de haber visto con sus propios ojos espirar al hijo á quien haya degollado con su misma mano, le vea tambien consumido por el fuego, y que asista á toda esta lúgubre ceremonia, hasta tanto que el holocausto esté enteramente consumado. Mandamiento terrible, prueba delicada, precio funesto! dice San Amadeo. El espíritu de Abrahan se turba, sus entrañas se conmueven, y su corazon se hiela de espanto. Sin embargo, su fé no cede á una prueba tan dura, su obediencia á Dios no se desmiente, ni su fortaleza vacila. El siente todo el dolor del sacrificio, pero no le rehusa; cuanto mas duro es el mandato, tanto mas pronta es la obediencia.

En el templo dá Dios igualmente á María una órden semejante por boca de Simeon. Los decretos de Dios le dice este, destinan á vuestro hijo que veis aquí á la contradiccion y á la muerte. Vos misma, ó Madre! vos debeis criarle para este fin doloroso, vos debeis acompañarle al sacrificio, vos debeis ser la espectadora de su muerte, y el cuchillo que le arrancará la vida, atravesará vuestro corazon con un agudo dolor. Sin embargo, á una noticia tan sensible para el corazon de una tierna madre, María inclina su frente, se resigna, se somete, y principia á mirar á su hijo

como una víctima, y lo educa solo para el Calvario.

Desde el momento en que se mandò el sacrificio de Abrahan hasta el de su ejecucion pasaron tres dias. Por espacio de estos tres dias, la imaginacion de Abrahan retrocede continuamente espantada ante el pensamiento de que muy pronto vá á verse privado de una vida tan preciosa, de un objeto tan amado. Isaac morirá en un momento sobre el altar; pero Abrahan muere á cada momento en su corazon. El no puede mirarle, ni pensar en él sin sentir su corazon desgarrado por la consideracion de que él mismo debe dar la muerte al hijo á quien dió la vida. Treinta y tres años pasaron desde la prediccion hecha solemnemente á María del sacrificio de Jesucristo, hasta su consumacion; y durante todo este tiempo el corazon de María está herido incesantemente por la espada de dolor que debe un dia, al inmolar al Hijo, atravesar tambien á María.

El dolor de Abrahan crece á medida que vé acercarse el momento fatal en que debe poner fin á la vida de Isaac. Mas este acrecentamiento de dolor no hace otra cosa que aumentar la docilidad de su voluntad y la generosidad de su obediencia. Cuanto mas afligido se siente, mas prisa se dá á cortar la leña y hacer por sí mismo los tristes preparativos del sacrificio.

El martirio de María se hace cada vez mas intenso, á medida que Jesucristo crece en edad y se aproxima al Calvario. Mas el deseo de ver consumado cuanto antes el holocausto de su hijo se hace tanto mas vivo de dia en dia, cuanto mas agudo se hace su dolor. Durante la gloriosa predicacion de Jesucristo, permanece oculta en Nazaret, mas cuando su hijo vá á Jerusalen, para ser allí crucificado, abandona su casa y su soledad, y camina en pos de él para no abandonarle hasta despues de haberle visto ofrecido en el altar de la cruz á la justicia de Dios, por la salvacion del mundo.

Cuanto mas se profundiza en esta figura misteriosa, mas luminosos se hacen los rasgos de semejanza con el objeto figurado. Y cómo es posible acordarse de Isaac llevando sobre sus hombros la leña sobre que debe ser colocado, sin pensar en Jesucristo llevando tambien sobre sus hombros el leño de la cruz al que debe ser enclavado? Cómo es posible acordarse de Abrahan que, lleno de fé, aunque inundado de amargura, sigue a su hijo encorvado bajo el peso de la leña y acercándose lentamente á la cumbre del monte Mória, sin pensar en María que penetrada de la idea de los misterios mas sublimes y sumergida en su dolor; triste y animosa, sensible y fuerte, resignada y llorosa, sigue á su hijo abrumado bajo el peso de su cruz y subiendo con mucho trabajo á la cumbre del Calvario? Qué mas puede decirse? El lugar de los dos sacrificios es el mismo, porque el monte Mória indicado á Abrahan para la inmolacion de Isaac es una basta montaña dividida en colinas, una de las cuales es precisamente el Calvario, lugar indicado á María para la crucifixion de Jesucristo. Este es tambien el lugar, y sea dicho de paso, en el que segun la tradicion constante de los Hebreos, Abel, Noé y Melquicedec ofrecieron sacrificios á Dios. Cada uno de estos sacrificios, incluso el de Abrahan, espresaba uno de los diversos caractéres que debia reunir en sí el sacrificio de Jesucristo, término, fin último y perfecto de todos los sacrificios. Estos caractéres principales son cuatro. El primero, que este sacrificio debia ser mandado por su Padre y consumado en presencia de su Madre; y esta circunstancia está espresada en el sacrificio de Isaac. El segundo, que debia ser ofrecido voluntariamente por el mismo Jesucristo, sacerdote de su víctima, y víctima de su sacerdocio; esta circunstancia se haya indicada en el sacrificio de Melquicedec. El tercero, que debia consumarse por la envidia de los Judíos sus hermanos,

y esta circunstancia está figurada en Abel. El cuarto, en fin, que debia ser ofrecido por la reconciliacion del cielo con la tierra, del hombre con Dios; y esta circunstancia se haya simbolizada en Noé. Colina preciosa, santa y misteriosa, santificada por los sacrificios mas sublimes de los hijos de los hombres, y finalmente por el sacrificio por escelencia, que es el del mismo Hijo de Dios! Quiera Dios que mis ojos estén siempre fijos en tí, y que mi corazon esté siempre unido á tí, supuesto que de tí nació un dia la gracia que se esparció por el mundo, y que de tí espero tambien mi salvacion y los auxilios para conseguirla.

La Escritura refiere que Abrahan acompañaba á su víctima, llevando en una mano el cuchillo que debia inmolarla, y en la otra el fuego que debia consumirla. Pues bien, el cuchillo que hiere á Jesucristo y le dá la muerte, es su obediencia, y el fuego que le consume es su amor á los hombres; y estos instrumentos misteriosos del sacrificio de Jesucristo los lleva María, por decirlo así, en sus manos; pues que representando de una manera visible á su Padre invisible; aprobando con su presencia, ratificando con su autoridad materna, y secundando este sacrificio con toda la fuerza de sus santos y sublimes trasportes; acompañando á Jesucristo para cooperar á la salvacion de los hombres; manifiesta María y hace públicos y solemnes los dos grandes sentimientos de obediencia y de amor á los que Jesucristo se sacrifica voluntariamente.

Habiendo llegado Isaac al lugar del sacrificio, oye de su padre que él mismo debe servir de víctima. Sin embargo, él no se queja, él no lo repugna ni lo rehusa; verdadera figura por lo mismo de aquel que aceptó con una voluntad plena y perfecta el decreto de su muerte, que se ofreció él mismo á ella, y durante su vida estuvo como devorado por una santa impaciencia y por los deseos mas vehementes de verse cuanto antes inunda-

do en su sangre. El recibe despues con gozo la órden que María, en nombre del Padre celestial, le dá con su presencia de sacrificarse por nosotros; y los dos de comun acuerdo ratifican el sacrificio que la justicia de Dios y la salvacion del mundo exigen de la vida del Hijo y del corazon de la Madre.

Sin embargo, aunque Isaac consiente en ser sacrificado y se ofrece voluntariamente, no por eso deja Abrahan de atarle sobre el altar que él habia levantado, para significar que el verdadero Isaac, aun cuando debia morir entregando voluntariamente su vida, debia sin embargo ser asegurado con clavos al altar de la cruz; á fin de que su sacrificio voluntario tuviese la apariencia de un sacrificio forzado, supuesto que se ofrecia en nombre y en espiacion del hombre pecador. Y permaneciendo María espectadora inmóvil de la crucifixion de su Hijo, la aprueba, la quiere y consiente en ella en nombre del celestial Abrahan; esto fué como si ella misma con sus maternales manos hubiera atado la víctima.

No era costumbre colocar la víctima en el altar antes que hubiese sucumbido bajo el cuchillo del sacerdote; y solo despues de su muerte era cuando debia ser consumida por el fuego. Sin embargo, Isaac fué colocado vivo en el altar del sacrificio antes de ser inmolado. Esta circunstancia era tambien necesaria para hacer la figura mas semejante al objeto figurado, el cual, segun la voluntad del Padre celestial, significada y confirmada por la presencia de la Madre terrena, debia ser colocado vivo en el altar de la cruz, y ser inmolado allí por la obediencia y consumido por el amor.

Despues de haber terminado Abrahan todos estos preparativos, menos necesarios para consumar la inmolacion, que para dar á la imágen una conformidad mas perfecta con su original, estiende la mano, desembaina el acero, levanta el brazo para descargar el golpe fatal,

y de repente un frio glacial corre por todos sus huesos, su corazon palpita en su pecho de una manera inusitada y parece que se despedaza por el dolor. Al descargar el golpe, inmola dos víctimas, dice S. Pedro Crisólogo, la vida preciosa del hijo y el corazon afligido del padre. Abrahan se inmolaba á sí mismo en la persona da Isaac. En aquel estado se termina el misterioso sacrificio; la obediencia de Abrahan es perfecta, la docilidad de Isaac lo es igualmente; el uno y el otro habian hecho por la disposicion de sus almas; todo cuanto se les exigia. La mano es detenida cuando el corazon nada tiene ya que sufrir.

Mas esto que bastaba para la figura, no era suficiente para el original. No tan solo con las disposiciones del corazon era como María debia ofrecer su Hijo y este hijo debia ofrecerse á sí mismo, sino que esta obra debia consumarse tambien esteriormente. El antiguo Adan, al Adan pecador, el viejo hombre á quien Jesucristo representaba en el Calvario, debia ser inmolado visiblemente y morir, para dar lugar al jóven Adan, al Adan justo, al Adan nuevo. Armada María del heroismo de su resignacion, del fervor de su caridad, y del deseo de ver consumada la salvacion del mundo, amenaza tambien y hiere con golpes terribles á su víctima, hasta tanto que queda realmente sin vida. Ella espira en efecto, abrumada igualmente bajo el peso de la justicia de su Padre, y bajo el de la ternura de su Madre para con los hombres; y esta se inmola por lo mismo con su Hijo. Su sacrificio, dice S. Amadeo, fué mucho mas doloroso que si ella se hubiera sacrificado á sí misma, porque la vida de su Hijo víctima de su inmolacion y causa de su dolor, le era mas amada sin comparacion que la suya propia.

Pero si Abrahan fué figura de la obediencia perfecta, de la generosidad sublime y de las crueles angustias que María sufrió en la oblacion de su Hijo, fué

igualmente figura de la ámplia recompensa que merecieron sus virtudes. Por haber concentido Abrahan en sacrificar á su hijo Isaac, se hizo el verdadero padre de un pueblo escogido; y por haber sacrificado María á Jesucristo, se hizo la verdadera madre del pueblo cristiano.

En efecto, apenas se terminó el sacrificio de Abrahan, cuando oyó estas palabras sublimes, palabras que revelaban su mérito y su recompensa: Porque has consumado un acto tan sublime y tan grande, y por obedecerme, no has perdonado á tu hijo único, yo te juro por mí mismo, dice el Señor, que te colmaré de bendiciones, que multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como los granos de arena esparcidos en la orilla del mar.

María igualmente por haber puesto á su Hijo único en la cruz, con su voluntad asociada á la del Padre celestial, oyó de la misma boca de este divino Hijo las tiernas y misteriosas palabras que le anunciaron el mérito sublime y la amplia recompensa de su sacrificio. En la actitud mas bien de su Dios que de su Hijo, le manifiesta en la persona de San Juan la inmensa multitud de los fieles, la Iglesia, y le dice: Muger, desde ahora hé ahí tu hijo. Este hijo es único, porque toda la congregacion de los fieles, la Iglesia, no formará mas que un solo cuerpo, cuya cabeza soy Yo. Pero al mismo tiempo este cuerpo encerrará una multitud de hijos, que serán tantos cuantos sean los verdaderos creyentes. Hé ahí pues, ó Muger, la posteridad numerosa que acabas de adquirir en este momento, que yo te prometo y te doy como un solo hijo.

Misterio grande y sublime! La promesa que Dios hace en estas circunstancias á Abrahan, le habia ya sido hecha muchas veces en los mismos términos. Mira al cielo, se le habia dicho, y cuenta las estrellas, si puedes: pues bien, sabe que tu posteridad será igual-

mente numerosa. Yo te daré un hijo de Sara; yo le colmaré de bendiciones: naciones y reyes nacerán de él. Mas la ejecucion y el cumplimiento de esta promesa se referia al sacrificio del hijo que le estaba prometido; y la bendicion que debia multiplicar su descendencia, no debia bajar del cielo hasta tanto que Abrahan hubiere dado esta prueba admirable de su fé maravillosa y de su obediencia perfecta.

La promesa que Jesucristo hizo desde la cruz á María de hacerla madre afortunada de la Iglesia, le habia sido hecha igualmente otra vez. Al saludarla el ángel, bendita entre todas las mugeres, aludia ciertamente á su fecundidad maravillosa y á la multitud inmensa de hijos que ella tendria, al concebir uno, supuesto que añade que la generacion de este Hijo seria eterna, así como su reino no tendria fin. Pero respecto á María, el cumplimiento de estas profecías está igualmente unido al sacrificio voluntario que se le anuncia, al cumplimiento de los actos perfectos y de los sentimientos sublimes que ella manifiesta en estas trágicas y dolorosas circunstancias.

Nada parecia á primera vista mas opuesto á la promesa de una numerosa posteridad, que el sacrificio de Isaac que debia ser el padre de ella. Y sin embargo el cumplimiento de esta profecía dependia del sacrificio de una vida tan preciosa. Si Abrahan hubiera vacilado en inmolar á su hijo hasta que este hijo hubiese tenido otros, por esto mismo Isaac hubiera quedado estéril, y la posteridad, por causa de esa tardanza, hubiera acabado en Isaac; por el contrario, al sacrificarle cuando es todavia vírgen, le hace fecundo. Por un hijo que se espone á perder, adquiere una multitud de ellos, por un individuo que no perdona, se hace el padre de un pueblo entero; y llega á ser el padre de una innumerable multitud por aquello mismo que podia hacerle temer verse privado de hijos.

Nada parecia mas opuesto al cumplimiento de las magníficas promesas que el ángel hizo á María de la numerosa posteridad de su Hijo, de el establecimiento de su reino y de la perpetuidad de su imperio, que la muerte ignominiosa de él en un infame patíbulo. Sin embargo el Profeta le habia dicho: El no verá multiplicarse su descendencia hasta la posteridad mas remota, sino despues de haber sufrido voluntariamente la muerte por el pecado. María por consiguiente no verá germinar este grano de trigo escogido y divino que su tierra vírgen ha producido, ella no lo verá multiplicarse en una fecunda é inmensa cosecha de hijos, de los que ella será tambien madre, sino bajo la condicion, declarada ya por Jesucristo, de que este grano precioso muera, sea quebrantado y colocado por ella en las entrañas de la tierra. Asi pues María, por un Hijo que no perdona, que ofrece y que inmola, adquiere, en la persona de S. Juan, tantos hijos cuantos son los hombres por quienes se sacrifica en los trasportes de su caridad.

Finalmente, para que no pueda dudarse que la bendicion de una posteridad todavia mas numerosa fué prometida á María, el mismo S. Pablo observa que Dios no dijo á Abrahan: Yo bendeciré *tus descendencias*, como si esta bendicion hubiera debido ser comun á todos sus hijos, sino *tu posteridad*, *tu descendencia*, la sola posteridad de Isaac; y la posteridad á que Dios hacia alusion es Jesucristo.

La fecunda posteridad de que Abrahan fué padre por medio de Isaac es pues la verdadera profecía de la posteridad numerosa de que María fué Madre. Si pues la fecundidad y posteridad de Isaac son la profecía de la fecundidad y de la posteridad mucho mas noble y mucho mas extensa de Jesucristo, es claro que la bendicion concedida á Abrahan en la persona de Isaac es la figura de la bendicion mucho mas preciosa concedida de María en la persona de Jesucristo. Y asi como Abrahan no obtiene esta bendicion que le hace el padre de tantos pueblos sino por medio del sacrificio de Isaac, María tampoco adquiere esta bendicion que la hace madre de tantas gentes, sino por medio del sacrificio de Jesucristo. Luego su maternidad sobre la posteridad de Jesucristo su hijo es al menos tan real, tan justa y tan fecunda, como la paternidad de Abrahan sobre los descendientes de Isaac, ó sobre los israelitas.

Abrahan, al inmolar á Isaac su hijo único, fué tambien una figura de Dios Padre que quiso que Jesucristo su hijo único fuese inmolado por nosotros. Pero María se asoció á la caridad inmensa del Padre celestial, y de acuerdo con él quiso darnos á su hijo santísimo. Su maternidad pues tiene un orígen mucho mas elevado y mucho mas noble, un título mas augusto y mas santo, supuesto que produce de la paternidad misma de Dios sobre nosotros. Los dos por un acuerdo admirable de generosidad, de misericordia y de amor, abandonaron y entregaron á la muerte su propio Hijo; ellos entregaron este Hijo nacido segun su doble naturaleza, de la sustancia respectiva del uno y del otro, para adquirir de este modo hijos adoptivos. Los dos ofrecieron un valor infinito para adquirir esta adopcion; los dos la adquirieron legítima y realmente. Nosotros hemos nacido verdaderamente del amor de los dos; y debemos mirar á María como nuestra madre, lo mismo que miramos á Dios como nuestro padre.

El apóstol S. Pablo creia tener un derecho sagrado á ser mirado como padre de los cristianos convertidos por él, cuando les decia: Yo os he engendrado en Jesucristo al predicaros el Evangelio. Pero, cuánto mas derecho tiene María á ser mirada como nuestra verdadera madre, supuesto que, aunque no nos anunció el Evangelio, nos dió, nos ofreció y sacrificó al autor del

Evangelio; á aquel de quien proceden todas las gracias del Evangelio?

No debemos pues contentarnos con decir como Tobías, que somos hijos de los santos; debemos decir tambien que somos hijos del Santo de los santos, y de aquella que fué enriquecida superabundantemente con la santidad, es decir, hijos de Dios y de María.

Y supuesto que en el órden de la gracia descendemos de Dios y de María, tan realmente como de nuestros padres terrenos en el órden de la naturaleza, y que por otra parte esta filiacion es infinitamente mas noble, mas sagrada y mas importante, debemos tener el mayor cuidado en cumplir respecto á nuestros padres celestiales las obligaciones que la ley nos impone respecto á nuestros padres terrenos. Debemos pues creer que con respecto á Dios y con respecto á María se nos ha dicho igualmente: Honra y respeta á tu padre y á tu madre. Este precepto con respecto á nuestros padres naturales, no solo contiene la obligacion de estimar y venerar sus personas, sino que nos impone tambien el deber de respetar su nombre y su descendencia en nosotros mismos. Luego con mucha mas razon debemos respecto á nuestros Padres celestiales, no solo manifestarnos sumisos y obedientes, sino respetar tambien y hacer respetar en nosotros la cualidad de hijos de Dios y de María, aborreciendo todo cuanto pudiera, á la faz del cielo y de la tierra, á los ojos de los ángeles y de los hombres, degradar este carácter augusto, y empañar un nombre tan bello.

Siendo nosotros una descendencia celestial y divina, como dice S. Pablo, debemos guardarnos de mancillar nuestro orígen espiritual y celestial con una conducta mundana y terrena. Penetrados del sentimiento de la dignidad de nuestro orígen, debemos mirar con un santo desprecio y aborrecer con un santo orgullo las bajezas de la vanidad, los cuidados escesivos de los intereses temporales, las satisfacciones sensuales que no estan en armonía con los miramientos que debemos á nuestra posicion santa y divina, con la inocencia, la pureza y la santidad que ella nos impone, satisfacciones que nos degradan y nos hacen descender no solo asta el hombre, sino aun mas abajo del bruto. Cuando un hombre se hace notar en el mundo, por la elevacion de sus sentimientos, la finura de sus modales, la dignidad de su proceder y la generosidad de sus actos, se infiere con razon la elevacion de su orígen y la nobleza de sus ascendientes. Por consiguiente vosotros debeis perfeccionar, dice Jesucristo en el Evangelio, vuestra conducta y vuestro corazon, vuestras acciones y vuestros sentimientos de tal manera, que todos puedan colegir vuestro orígen celestial y divino.

Oh! si nos penetráramos bien de esta grande idea: *Yo soy hijo de Dios, y Dios és mi padre! Yo soy hijo de María, y María, la misma Madre de Dios, es tambien mi verdadera madre!* Qué pensamiento tan dulce, tan tierno y tan agradable por una parte, y tan capaz por la otra de ennoblecernos á nuestros propios ojos, y de alejarnos de todo aquello que es abyecto, vergonzoso y degradante!

En segundo lugar, nosotros debemos á nuestros Padres celestiales la ternura y el amor. El amor se paga con el amor. Ellos nos engendraron por amor, por un amor maravilloso é inefable, que les hizo sacrificar á su propio Hijo por nuestra salvacion. Nosotros debemos pues pagarles con nuestro amor. Ellos sacrificaron por nosotros todo cuanto tenian de mas amado y de mas precioso, su propio hijo; y nosotros debemos, cuando la ley divina lo exija, sacrificarles nuestras pasiones, nuestra voluntad, nuestros apetitos culpables, los objetos que mas nos interesan, aunque nos sean tan amados como nuestros propios hijos. Es verdad que no hay relacion alguna entre estas víctimas; porque, qué

relacion puede haber entre el Hijo de Dios que fué sacrificado por nosotros y una innoble pasion que nosotros podamos sacrificarle? Sin embargo, Dios nuestro tierno Padre y María nuestra amorosa madre se darán por satisfechos. Ellos no exigirán mas de nuestra miseria y de nuestra flaqueza; y con esto solo, hecho con intencion de satisfacerles, les abremos manifestado el reconocimiento y la gratitud que esperan de nosotros.

Finalmente, nosotros debemos nuestra confianza á estos augustos Padres. Aquel que nos ha hecho el don mas rico, no nos rehusará, dice S. Pablo, un don menor. Pues bien, si Dios, de acuerdo con María, ha sido con nosotros generosamente pródigo de su Hijo, cómo podrémos sospechar ni un solo instante que puedan negarnos cosa alguna? Al darnos su Hijo, no se obligaron espresamente á darnos todo lo demas? Sí, Dios y María, al darnos su Hijo, nos legaron y pusieron en cierto modo á nuestra disposicion en el órden de la gracia, las riquezas de su amor y de su bondad. Nosotros les encontraremos siempre prontos á escucharnos, dispuestos á defendernos y á recibirnos con amor, siempre generosos en sus beneficios. Abandonémonos pues con confianza en su amor. A todas las culpas que podamos haber cometido contra ellos, no añadamos la de desconfiar de su misericordia, que seria la mas sensible para sus corazones. Y si nuestra miseria, si nuestra ingratitud, si el recuerdo de nuestras faltas nos impiden presentarnos con confianza ante Dios nuestro Padre, cuya indignacion hemos provocado, recurramos á María nuestra Madre. En su compañía presentémonos en el tribunal de Dios, y hagamos valer ante él su maternidad. Pidamos con instancia que salve al hijo de su sierva, es decir, de la que, en el momento de ser Madre de su Señor, se llamó su sierva. Ella sabrá apoyar nuestras súplicas, hacer valer nuestras razones, hacer aceptables nuestras oraciones, y probarnos que nuestra Madre no es menos tierna ni ménos generosa en el cielo, que lo fué, y á tanta costa, en el Calvario. (*Veasa la nota veintisiete.*)

CAPITULO XII.

Ya hemos visto como la pasion y la muerte de Jesucristo fueron comunes tambien á María. Ya hemos dicho como sintió ella verdaderamente todos sus dolores y todas sus penas. Antes de dejar un asunto tan digno de nuestra compasion y de nuestra ternura, es necesario detenernos todavia un poco á examinar la estension y la intensidad de las penas que María sufrió. Es necesario notar desde luego que María no es una madre como otra cualquiera, sino una madre que tiene á un Dios por hijo. Cualidad sublime sin duda, pero que fué para ella la causa de los mas acerbos dolores, asi como fué tambien el origen de los mas grandes privilegios. Esto es necesario, á fin de comprender cada vez mejor cuán dura fué la condicion con que nos adquirió por hijos, y las mortales angustias que le ocasionamos.

Ya hemos dicho que habiendo tomado el Hijo de Dios hecho hombre, en su misericordia, el empeño generoso de salvar al hombre, sacrificando por él su propia vida, prefirió la muerte de cruz á todo otro género de muerte, á fin de que recibiésemos la vida por el mismo medio que nos habia hecho morir á la gracia, para que el príncipe de las tinieblas fuese vencido con las mismas armas con que habia triunfado y para que, habiendo comenzado nuestra ruina por un árbol, nuestra salvacion procediese tambien de un árbol. Tal es al menos la comun opinion de los santos Padres, de los